



La luz del sol al amanecer se detuvo sobre la moneda plateada. Y ésta abrió súbitamente los ojos y, entumecida tras tantas horas de profundo sueño, se desperezó. ¡Había tanta humedad allí arriba! Sobre el tejado de aquella casa de dos pisos situada al final del pueblo.

«Buenos días», dijo amablemente a su otra cara.

No hubo respuesta.

«¡Buenos días!

Despierta, ha amanecido...» volvió a decir, aún más amablemente.

Pero su otra cara no contestó. Tampoco aquel día contestó.

Como no le había contestado desde que recordaba. Por muy amablemente que le hubiese hablado, por tantas veces que lo hubiese intentado.

Miró hacia el sol que se elevaba en el cielo y sonrió.

«¿Por qué no me hablas?», volvió a decirle a su otra cara.
«Háblame, yo estoy tan sola como tú.»
«Háblame.»

«Ya lo sé, puede que no te guste mi compañía, pero qué le vamos a hacer. Somos tan sólo las dos caras de una moneda. Y sería bonito que habláramos de vez en cuando.

¿No sería bonito que nos tuviéramos la una a la otra?»

Pero su otra cara no hablaba. Se lo había pedido tantas veces. Se lo había pedido de todas las formas que conocía. ¡Pero no conocía muchas! Una cara de una moneda pequeña y barata, eso es lo que era. Nada más.

«Buenas noches» le dijo, mientras caía la oscuridad...

* *

«Buenos días» dijo dulcemente con la primera sonrisa del sol.

No hubo respuesta. Quizás estaba aún dormida... Esperaría un poco.

Esperó a que el sol estuviera más arriba. Un sol de oro. Un sol que brillaba sobre la moneda plateada, en el tejado de aquella casita de dos pisos. Y entonces se atrevió a hablarle de nuevo.

«Hace un bonito día hoy, ¿verdad?»

Pero ella no contestó. Como no había contestado hasta aquel día.

¿Por qué?

¿No la había conmovido el interés de su otra cara?

¿Acaso tenía algún motivo para no hablar? ¿Acaso era malo que alguien quisiera saber de su otra cara?

A ella no le parecía tan malo...

Claro que por otra parte qué sabía ella. Una cara de una moneda pequeña y barata, eso es lo que era.

...

¿Acaso...

...¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? No podía ser otra cosa. ¡Eso era, así de simple!

«¿Acaso no puedes hablar?» le dijo.

«¿Acaso quieres pero no puedes hablar?»

«Entonces haz algo, muévete, golpea el tejado y comprenderé.»

«Si no puedes hablar, golpea el tejado.»

Nada.

Ningún movimiento, ningún ruido. Y eso que por un momento lo había creído.

...Solo por un momento había creído que por fin se comunicaría con su otra cara...

Quizás con un golpe en la teja cubierta de hierba.

Mediante algún movimiento imperceptible intercambiarían opiniones, pensamientos, sentimientos. Encontrarían nuevas maneras de hablar.

¡De hablar!

Las dos caras de una moneda, en un tejado al final del pueblo. Dos caras solas, completamente solas.

Nada.

Ningún movimiento. Ningún ruido. La respuesta era obvia. No quería hablarle.

«Buenas noches» le dijo, y se quedó mirando al sol que se dirigía al ocaso. Tenía muchas ganas de llorar pero no iba a hacerlo. Su otra cara podría darse cuenta.

Podría darse cuenta por un movimiento imperceptible, por un suspiro que se le escapara.

No. ¡No podía llorar! Podría darse cuenta su otra cara. Y por nada del mundo quería entristecerla.

También ella era una cara sola, completamente sola. Quizás más sola que ella misma.

¿Pero entonces por qué no le hablaba? ¿Por qué?

Si eran las dos, dos caras solas, completamente solas, en un tejado al final del pequeño pueblo.

* *

No le dio los buenos días aquella mañana.

Comenzó con una pregunta que la había estado consumiendo toda la noche. Que la atormentaba como nunca había sido atormentada ninguna cara, de ninguna moneda en ningún pueblo del mundo.

«Acaso me odias» le dijo, y contuvo con dificultad un escalofrío, una lágrima que se asomaba a sus ojos.

«¿Acaso me odias porque puedo ver el pueblo y el sol?»
«¿Acaso me odias por que estás siempre vuelta hacia el tejado?»

«¿Contéstame! Contéstame, por favor...»

No hubo respuesta.

«Pero no tengo yo la culpa, lo sabes... Lo recuerdas, ¿verdad que sí?»

«La culpa es de aquel niño travieso que nos lanzó a este tejado.»

«Dime. Dime que lo recuerdas...»

«...Háblame, por favor. Yo también soy una cara de una pequeña moneda barata. ¡Háblame! ¡Cuéntame de ti! ¡Dime algo! ¡Soy tu otra cara!»

Entonces, desesperada, empezó a describirse.

Era quizás una cara común. Una figura de mujer de rasgos delicados, de nariz pequeña y bonita y ojitos simpáticos.

Una mujer cautiva para siempre en el tejado de una casita de dos pisos.

«Háblame de ti», le dijo.

«¿Dime a qué te pareces!»

«¿Podemos ser amigas! ¿Podemos ser si quieres las mejores amigas! Las mejores amigas de todas las caras, de todas las monedas.

Las mejores amigas de todo el pueblo. De todo el país. De todo el mundo si me dices algo.

Solo una palabra.

¿Si me dices que quieres!»

«Y entonces yo existiré sólo para ti! Aunque ya no me vuelvas a hablar...»

Silencio. Absoluto silencio... Pero ¿por qué?

Era también ella una cara sola, completamente sola, quizás la más sola de todas las caras del mundo...

...

A partir de aquel día, comenzó a describirle lo que

veía.

No le pedía que le hablara. Ya no. Simplemente le hablaba sin pedirle nada más.

Le hablaba del pueblo y del bosque junto a él. Le hablaba de la gran calle entre las casas y del mercado. Le hablaba del sol y de las nubes. De los pájaros del cielo. De las campanas que repicaban cada domingo.

A partir de aquel día la vida de esta cara no fue la misma. Describía lo que veía y ya no pedía nada.

No sabía si era bueno o malo el no querer saber sobre su otra cara. Sin embargo, su vida fue más bonita desde aquel día. Y se sentía menos sola, mucho menos sola, que cualquier otra cara en cualquier rincón del pueblo.

Era una cara menos sola.

* *

Por primera vez desde que estaban en aquel tejado, estalló la tormenta. La primera tormenta del invierno.

Y estaba tan feliz de que las gruesas gotas cayeran sobre ella. ¡De estar protegiendo a su preciosa cara!

El viento arreció.

Arreció tanto que las tejas comenzaron a temblar. Tembla-

ban tanto como nunca antes habían temblado las tejas de la casita de dos pisos.

¡Y entonces ocurrió el desastre!

Tan rápido que ninguna cara, en ningún rincón del mundo comprendería qué pasaba...

Simplemente sintió que rodaba por el tejado cubierto de hierba.

* *

¡Hacía tanta, pero tanta humedad allí abajo!

Allí abajo, en medio del jardín de una pequeña casa al final del pueblo.

¡No obstante, era una cara aún más feliz! Y sin embargo era una cara hundida en el barro. La cara de una mujer de rasgos delicados, hundida en el barro.

¡Y sin embargo estaba tan feliz!

Su otra cara podía ver otra vez las nubes. Los carros y las calles. Las campanas y los bosques.

A su otra cara, ¡le daba el sol!

Sí, estaba tan feliz. Tan feliz como no había estado nunca ninguna cara, de ninguna moneda, en todo el pueblo.

Y seguro que su otra cara le hablaría. Aquella cara que hasta entonces nunca le había hablado.

Seguro que ahora le describiría todo. Lo que viese.

Las montañas y los bosques. El pueblo y las casas. El sol y las nubes...

Aunque ella no la pudiese escuchar. Aunque ella no le pudiese hablar. Aunque ya sólo fuera una cara hundida en el barro.

Eran, no obstante, dos caras menos solas. Menos solas que cualquier otra cara, en ese pequeño pueblo de casitas de campo.

¡Y entonces ocurrió el desastre!

Tan rápido que ninguna cara, en ningún rincón del mundo comprendería qué pasaba.

Pero desgraciadamente ella pudo hacerlo... Ella pudo comprenderlo todo...

* *

...Ya no había nada de humedad.

Era una cara reluciente, en un lugar destacado de la colección de aquel coleccionista. Y era, de verdad, la pieza más extraña, más rara de la colección.

Era una moneda carísima y extraordinaria.

¡Una moneda realmente única!

¡Una moneda que ningún otro coleccionista había encontrado!

Aquella moneda en la caja de cristal en el centro de la gran colección era —y no me preguntéis cómo ni por qué— ¡una moneda de una sola cara!

Sí, ¡habéis escuchado bien!

Una moneda de una sola cara.

...Una cara tan sola,
como ninguna otra cara, de ninguna otra moneda,
en ningún otro lugar del mundo.

17 a 18 de diciembre

Sería de seguro la librería más grande de la ciudad.

Tantos libros juntos en un lugar. Extendidos en los mostradores de madera. En hileras de estantes sin fin. Estantes que llegaban hasta el techo.

Bibliotecas en serie, una detrás de la otra. Y gente. Tanta gente. Personas de todas las edades, de todos los tipos había en esa librería. La librería más grande de la ciudad.

Pero allí, en la última biblioteca de la serie, en lo más alto de todos los estantes estaba un libro solo.

Tan solo, que no le importaba la gente de la librería — ese revoltijo de personas de todos los tipos. Tan solo que no le importaban ni los estantes sin fin, ni los mostradores de una librería indiferente. Tan heladamente indiferente.

Este libro tenía su propia historia...

...

...Había despertado cierta mañana al lado de una máquina extraña de una imprenta. Había despertado atado junto a muchos otros libros iguales. Debían de haber sido iguales a él. Pero no recordaba detalles. Se durmió inmediatamente otra vez.

Aquel libro nació —me acuerdo— cansado.

La segunda vez que se despertó fue porque sintió una mano que lo sujetaba con fuerza. Fue un despertar hermoso. Pero no fue por mucho tiempo. La mano se abrió y el libro fue colocado en su lugar. Fue a lo mejor la mano del librero.

Y ha sido el lugar en donde se encuentra hoy también. El mismo lugar exactamente. En la última de todas las bibliotecas, en el estante de más arriba, en algún lado a la derecha...

...

Por tiempo, por mucho tiempo, esperó que alguien lo viera. Que alguien viniera a buscarlo. Tenía la esperanza que esa señora que se le acercaba, venía por él.

Para bajarlo, para mirarlo, para tomarlo con ella, a su casa, a una más pequeña, a una más bonita, más amigable biblioteca, llena de hermosos, multicolores libros.

Para conseguir así él también una casa. Él, un libro solo.

¿Y dónde se habrían ido de verdad los demás libros iguales? ¿A otro estante? ¿A los mostradores quizás?

A su lado no había ninguno como él. Este pequeño y bonito librito, apretado entre libros gruesos como enciclopedias, en el último estante, de la última biblioteca, de la primera —¿y pues?— librería de la ciudad. Un drama.

Debería de haber sido, probablemente, algún error.

No obstante los días pasaban y ninguna mano lo tocaba —¿A quién? ¡A él! Un libro que necesitaba una caricia más que cualquier otro libro, en cualquier otro estante, en cualquier otra librería del mundo. Un libro tan solo.

Los días pasaban y ninguna mano lo tocaba. Ninguno de los otros libros le hablaba. Le habían —otro juego extraño de la suerte— ¡volteado la espalda! ¿Quiénes?

¡Esos libros altos, sin elegancia, gruesos como enciclopedias!

Allí a lo alto, entonces, en el último estante, de la última biblioteca del mundo, había un libro que odió alguna vez a todos y todo...

Había odiado todos los mostradores con libros multicolores. Había odiado al mundo que compraba en ellos, había odiado a los mismos libros. Había odiado a los cajeros y a los vendedores. Había odiado al propietario bajo y calvo, los estantes y las bibliotecas negras. A los libros alrededor de él, el techo y las lámparas grandes y blancas...

Se había odiado a sí mismo. Había odiado incluso a su escritor.

¿Quién? ¡Él! Un libro que lo único que alguna vez quiso era que alguien lo tocara. Una simple caricia. Un libro que lo único que alguna vez quiso, ¡era amor!

Allí a lo alto, en el último estante, de la última librería de la ciudad, había un libro que odió alguna vez al mundo.

* *

Los días pasaban lentamente con tormento. La portada perdía su color y las páginas casi estaban amarillentas por el tiempo y el odio.

¿Y pues? De todas formas ya nadie lo compraría. Nadie le pondría nunca atención. Un libro infeliz. Un libro solo en el último estante, de alguna biblioteca, de alguna librería. Un libro sobre...

¿Sobre QUÉ?

¡Nunca se enteró! ¡Nunca lo supo! Sin embargo nunca, pero nunca hasta ahora lo había pensado. ¡No había pensado nunca qué libro era!

¡No sabía qué libro era! Porque nunca aprendió a ...¡leer!

¡Este libro era un libro que no sabía leer!

Una comedia.

...

Desde aquel instante comenzó a preguntarse. ¿Qué podría ser? ¿Acaso sería algo realmente hermoso?

¡Bah! El mundo compra las cosas bellas. Sería, es seguro, algún libro sin éxito.

Algún libro que no valía la pena ni siquiera que lo miraras, que lo abrieras, que lo hojearas, que te lo llevaras a tu casa, a una biblioteca pequeña y hermosa con libros multicolores, amarrados con hilo dorado.

¡Algo heladamente indiferente esto es lo que sería! Alguna tesis quizás sobre las causas de la caída del pelo.

¡Bah! ¡Lo miraría el propietario bajo y calvo!

¿Algún libro aburrido de matemáticas?

Pero los matemáticos encuentran cosas así, ¡los descubren!

¿Quién podría ser? ¿Y cómo había esperado tanto tiempo que le tomaran los otros, si él mismo no sabía quién era? ¿Y a quién podría preguntar para saberlo? ¿A quién? ¿A quién? ¿A quién?

Era un libro solo, en la última biblioteca en el estante de más arriba, en algún lugar a la derecha. Un libro —tal vez el único en toda la librería, la librería más grande de la ciudad—

que no sabía leer.

Y las letras que cargaba en sus páginas, letras bellas, caligráficas, no le decían nada.

Absolutamente nada.

Las letras, veis, no hablan nunca sino solamente a aquellos que saben leerlas.

¡Las letras son tan, pero tan orgullosas!

* *

Que supiera por lo menos su título. Nada más. ¡Solo su título! Que entendiera, al menos, que es un libro aburrido sobre las causas de la caída del pelo. Un libro, tan siquiera, para coleccionistas matemáticos. ¡Un algo!

Nada. Un drama. No había ninguna manera. No había nadie que lo ayudara. Era un libro, un libro solo, en el confín de una librería, en el confín de un mundo, de una galaxia de libros sin importancia.

Un libro en la cumbre de letras sin sentido.

Era otra vez un libro infeliz.

Ya no odiaba a ninguno de los otros libros, no odiaba tampoco los mostradores, ni a los hombres que llegaban y que se

iban sin parar, ni a los vendedores, ni los techos, ni las lámparas grandes y blancas. No odiaba a nadie ni nada.

Pero era aún un libro tan vacío. Quizás más vacío que antes.

Era un libro tan solo, encarcelado en una biblioteca en algún lugar de la ciudad. En una ciudad en algún lugar del planeta. ¿Y qué?

Ya no le importaba nada. Ni siquiera que veía al mundo desde el lomo de un libro pequeño. ¿Y qué? Podría él también ser igual al libro que estaba a su lado. Aunque estuviera a su lado un libro sin elegancia y grande como una enciclopedia.

Ya nada tenía importancia. ¡Era un libro sin contenido!

Tal vez en realidad tuviera escritas las mismas palabras que los demás libros. Tal vez no fuera una casualidad que los hubieran puesto en este estante. Quizás aquí tendrían que haberlo puesto. Junto a los libros gruesos como enciclopedias.

¡AQUÍ! ¡En el último estante! En el estante de más arriba, en algún lugar a la derecha, de la última biblioteca, de la primera —¿y pues?— librería de la ciudad.

¡Quizás aquí fuera su lugar!

¿Y pues? ¿Tantos y tantos no se encontraban ahí?

* *

Sería tan hermoso si sus páginas fueran blancas, ¿verdad?
Sabría entonces que era realmente un libro sin contenido.
El único libro sin contenido en todos los estantes, en todas las bibliotecas, en todas las librerías del mundo.

¡Pero no existen libros sin contenido! ¡En ningún lugar encontrarás libros sin contenido! ¡En todas las librerías del mundo que busques!

¿Por qué?
¿Por qué tuvo que nacer? ¿Por qué? ¿Por qué?
Quería que estuviera alguien ahí para decírselo. Quería que estuviera ahí su escritor.

...

¿Existía alguien entonces que lo hubiera escrito?
¿Y si era simplemente un libro defectuoso? ¿Un libro nacido de un error, en aquella máquina, aquel día, el primer día que recordaba? ¿Si era solo un error? ¿Un libro sin sentido?
¿Entonces?

¡Entonces sería solo un error! ¿Y pues? ¿No era un error

que se encontrara aquí, un libro solo en la orilla del mundo?

¿NO ERA UN ERROR?

¿Y si fuera un libro que alguien hubiera escrito conforme a un plan? ¿Pensándolo mucho y conforme a un plan? Sí... quizá... podría ser. Lo más seguro era eso.

Pero ¿si no le gustaba? Si fuera un libro cuyo contenido — increíblemente planeado— ¿no le gustaba?

¿Si era un libro cuyo contenido le gustaba a su escritor pero no al libro mismo? ¿Entonces qué?

¡Entonces todavía era peor! ¡No habrá error! ¡Estaré condenado para siempre! Un libro que se planeó correctamente ¡para gustarle al escritor! ¿Por qué?

¿Por qué no me preguntó a mí? ¿No soy yo el que lo paga todo? **¡YO! ¡YO!** ¡Yo, escondido para siempre en un estante, en algún lugar de alguna librería!

¡YO Y SOLAMENTE YO!

...

Era un libro que gritaba.

Que chillaba solo, tan increíblemente solo, como nunca lo hubiera imaginado ningún cliente, ningún propietario, ningún vendedor, ningún escritor hasta la orilla del mundo.

¡Un libro que sollozaba, que lloraba! Que empaaba sus páginas de papel.

Porque ya no tenían importancia...

* *

Porque nunca tenían importancia. Ni ellas, ni los títulos con letras grandes...

Para este libro ¡nada tenía importancia! Porque era un libro sin contenido, un libro que encerraba en su adentro el todo y el cero.

Era un libro solo en la orilla del universo. Y encerraba irracionalmente en su adentro el universo.

Este libro no tenía necesidad de un título.
¡Como ningún libro tiene necesidad de un título!

Este libro no tenía necesidad de un escritor.
¡Como ningún libro tiene necesidad de un escritor!

¡Este libro no quería nada! No quería ni vendedores ni mostradores, ni bibliotecas ni estantes, no tenía valor ni tenía precio.

Este libro —como cada libro— si quisiera un título ¡se lo podría el mismo! Si quisiera un contenido ¡lo escribiría por sí mismo!

Y sería un libro para niños.
Un libro de colores y música...

...

La gente se fue, y el propietario bajo y calvo apagó las luces y cerró con llave la puerta pesada de hierro.

Pero allí, en la oscuridad y en el silencio, solo entre tantos libros, un pequeño librito perdido en el último estante de la última biblioteca del mundo, ¡gritaba solo a los otros libros!

Y los llamaba para que borrarán los títulos de las portadas. Que borrarán los textos de las contraportadas. Y que simplemente se tocaran unos a otros.

Un libro loco, mojado pensarías en la humedad de la noche, gritaba temblando a los otros libros.

Gritaba temblando, pero nadie lo escuchaba...

...¡No querían como parecía, que perturbar el orden!

¡Y sin embargo no tenían que preguntárselo a nadie!

Eran tan solo simplemente unos libros en la orilla del mundo que no tenían necesidad de escritores ni vendedores, de compradores ni propietarios.

Ellos les tenían necesidad, pero nunca les habían preguntado.

Los condenaron a algunos estantes, en pilas en algunas librerías del mundo.

Y nunca les habían preguntado.

Sin embargo ellos pagan el precio — libros solos en la orilla

del universo...

...

Era este también un libro al que nunca le preguntaron. Que gritaba solo, que chillaba en aquella orilla del mundo.

¡Un libro gracioso! Un libro sin nombre ni contenido, que le gritaba a los otros libros y los llamaba a estar a su lado, hasta que las lágrimas disolvieron sus páginas vacías...

Era este también un libro que amó alguna vez a los otros libros.

Y es extraño como dentro de un librito tan pequeño, en un estante tan pequeño, de una librería a la orilla del mundo, pudo haber enseguida...

¡*tanta* felicidad!

(Por la noche del 16 hacia el 17 de diciembre)